

17 de enero de 2024.

## “DESNUDO”

La primera vez que pensé qué estudiar, mi mente divagó entre todos y cada uno de los sueños que tuve en toda mi vida. Todos esperaban que descubriera quién era antes de acabar el bachillerato. Y si bien es bueno tener un rumbo en la vida, también es bueno tenerlo en la mente. elegí la Ciudad de México, pues está llena de diversidad, de planes divertidos cada fin de semana, de escuelas prestigiosas y de calles peligrosas; lo cual me hace pensar en aventuras, crecimiento y autoconocimiento. Llegar por primera vez a estas rejas rojas de la entrada y pisar contando cada paso hacía mi primer salón, fue el inicio de mi historia.

Llegué puntual y elegí el primer asiento frente al pizarrón. Aún recuerdo que faltaban doce minutos para empezar la clase, y te vi. Entraste con una energía tan notoria que no pude evitar voltear a verte. Escogiste el lugar más alejado a la puerta: el asiento que esconde al alumno que se duerme en clases o que no viene a ellas. Estabas tan lejos de mí.

Como es natural de los primeros días, el salón se llenó. La profesora entró, se presentó y comenzó a explicar el principio del movimiento, qué era lo que lo conformaba y porqué era importante estudiarlo. Yo divagaba. No podía dejar de sentir curiosidad por ti, pero también ponía cada letra del pizarrón en mi cuaderno, marcando con diferentes tintas lo que yo consideraba más relevante. La hora y media se acabó, todos iban dejando solo el salón. Yo fui uno de los últimos en abandonarlo, noté que tú ni siquiera te movías para guardar tus cosas. Quería acercarme y hablarte, pero me detuve en mis pensamientos. Me dije a mí mismo que aún tenía un trimestre completo por conocerte, y si tenía suerte podía ser toda una vida.

No conocía a nadie. Todo era nuevo para mí. Después de esa clase, tenía libre para comer, así que recorrí los pasillos de la universidad, perdiéndome entre las personas y los edificios. Elegí sentarme en los pastos atrás del edificio “E”, y con absoluta confianza abrí mi lonche. Era fruta picada y hot-cakes. Comí despacio, mientras miraba cómo un par de amigos se abrazaban y conversaban,

intercambiando experiencias de las vacaciones ya transcurridas. Giré la mirada lentamente, y te vi de nuevo. También estabas solo, a unos cuantos metros de mí. Observé con atención cada movimiento tuyo, lo único que veía era tu cuerpo recargado al tronco de un árbol, mientras dabas un gran bocado a tu empanada. La comida te manchó los labios e internamente yo reí. Inmediatamente tú limpiaste las manchas con tu camisa manga larga, volteando a todos lados y esperando a que nadie lo hubiera notado, no me viste, o quizás sí, pero no pude verlo porque bajé la mirada como si no hubiera pasado nada.

Pasaron los días. Conocí a personas con las cuales compartía más clases y empecé a juntarme con ellas. Ahora no estaba solo, pero tú lo seguías estando. Yo aún intentaba acercarme a ti de manera natural.

Transcurrido un mes, ya había salido a conocer la ciudad con mis nuevos amigos; abordamos el metro con cierta naturalidad de primerizos y nos pasamos de estación más de una vez; corrimos bajo la lluvia en bellas artes y subimos hasta el mirador de la torre latino. Creamos un lenguaje entre nosotros y cada día se iba fortaleciendo más. Yo seguía recordándote, deseando que también formarás parte de esto, así que por primera vez hablé de ti. Mis amigos no te conocían. Quizás ni siquiera te habían notado, pero sentí que no tenían ganas de conocerte, por lo que me dio pena haber expuesto mi interés en ti. Olvidamos el tema, y un día Alba me volvió a preguntar sobre tu existencia. Ella sí quería conocerte para animarme a mí a hablarte por primera vez. Casualmente tú cruzabas la plaza Cosei e ingresabas a la biblioteca. Fue fácil señalarte y que ella te ubicara, pero no te vio, tal vez pasaste demasiado rápido. Le dije que para la próxima sí te vería. Edwin y Andrés evitaban el tema. Se sentían incómodos si te mencionaba, y poco a poco dejaban de hablarme, excluyéndome de sus planes, de los chistes y las risas entre clases. Yo quería seguir formando una amistad genuina con cada uno, pero pareciese que me alejaban cada vez más.

Tomé una decisión: no te hablaría, ni serías tema de conversación, puesto que causabas problemas con mis amigos varones que se portaban distinto conmigo. Y así fue por un largo trimestre, hasta que te encontré en el baño. Yo estaba

lavándome las manos y tú no dejabas de mirarme. Me puse nervioso. ¿Estabas coqueteando conmigo?

Por primera vez escuché tu voz, naciendo en mí interior. Mencionaste que siempre esperaste que yo te hablara, pero que nunca lo hice, así que tu dabas el primer paso. Me quedé helado, y cuando volví en mí, pude notar la forma exacta de tus facciones: cada una concordaba conmigo, desde el borde de los labios hasta la mirada profunda clavada en mi corazón. Era yo quién estaba frente al espejo y se aceptaba, se veía. Era yo quién siempre sintió el miedo de ser juzgado y te escondía. Fue Alba quién vio más allá de eso y quiso hacerme sentir seguro - valiente-. Era difícil no ser genuinamente y fingir por aparentar.

El trimestre siguiente conocí a Joel, Mike y Eddie: quiénes conectaron conmigo sin necesidad de incomodarse; quiénes me preguntaban de ti y entre tantas pláticas, me animaron a invitarte a salir.

Escrito por Karla Guadalupe Herrera Soriano, quién cursa la carrera de Ingeniería Física, con matrícula: 2212002163.